



Phillis Wheatley

Se Llama Phillis Wheatley

Miradla. Es una niña todavía,
nada hace sospechar
que en la fragua del iris
se forja verso a verso
la futura mirada
de una mujer poeta.

Escuchad en el eco
feroz de sus ancestros
la inocente cadencia
de su voz cristalina,
su diminuto cuerpo
arrancado a la fuerza
del vientre perforado
de la gran Madre África.

Unas manos extrañas
le mancillan la piel,
ponen precio de venta
a su alma insobornable,
su belleza salvaje, indigna
y vulnerable
es expuesta en mercados
al lado de los cerdos
y las yeguas.

Escuchadla gritar de garganta
hacia dentro,
de postilla hacia fuera
su infatigable sed de libertad.
Escuchad a su diosa
cómo clama justicia
para la dulce niña
secuestrada,
para su pueblo herido
y desmembrado.

A falta de otro nombre
será rebautizada como Phillis,
igual que el mismo barco
que amarró su esperanza
al borde del océano.
Tomará de apellido
el de sus dueños
y la niña descalza
que corría feliz
por la selva sin fin
de Senegal
será cosificada, relegada,
despojada de toda autonomía.

Miradla día a día, mes a mes,
año tras año.
Es casi una mujer.
Casi un mujer negra.
Casi una mujer negra...
y es esclava.

Miradla deslumbrar a sus señores
con sus vasto intelecto,
su singular sentido de la vida,
Miradla atravesar, de forma autodidacta,
el sendero intrincado de la palabra
escrita,
de un idioma extranjero
que no le pertenece.

Se llama Phillis
Se llama Phiillis Wheatley.
Se llama Phillis Wheatley,
es una mujer negra
y es esclava.

Una vez terminadas
las tareas domésticas,
cuando el atardecer
tiñe con su luz ocre
las febriles paredes
de su cuarto,
se camufla en las páginas
de un libro
y una realidad nueva
le penetra, le inunda,
le rompe los grilletes al silencio.

Y escribe, escribe a todas
horas,
con ansia, con pasión,
con hambre de saber.

Fabrica con su manos
múltiples universos
paralelos,
con gramática cósmica
hace colisionar
satélites cristianos
con planetas paganos,
agradece lo nuevo,
reivindica lo antiguo,
defiende los derechos
de cada ser humano,
riega con sus palabras
la sagrada simiente
del abolicionismo.

Se llama Phillis.
Se llama Phillis Wheatley.
es una mujer negra
y es esclava.

Un tribunal terrible
de dieciocho hombres,
supuestos caballeros
de piel rosada y blanca,
le obligan a jurar
que no hay rastro de plagio
en sus escritos.

Con el rencor colmándole
la carne de los labios
les recita a Virgilio,
y a Milton, lo que sea,
y lo hace a viva voz,
con la seguridad
de quien porta el ingenio
y el don de la palabra
en su ADN.

Los colonos se indignan,
la miran con desdén
y con desprecio.

¿Podría una mujer,
una mujer que es negra,
una mujer que es negra
y además es esclava
ser poeta?

¡Jamás de lo jamases!

Sin embargo se rinden,
sin poder evitarlo,
a la evidencia.

Miradla, es la primera
escritora afroamericana
en publicar un libro
en EEUU.

Compra su libertad,
se casa, pierde hijos,
su esposo la abandona
en un estercolero de caos
y de miseria,
su vida es la sinopsis
de una tragedia griega
que la historia ha ignorado.

No deja de escribir, nunca
lo hace,
pero ya no verá
ningún poema suyo
publicarse de nuevo.

Porque eso no es posible.

¿Podría una mujer,
una mujer que es negra
una mujer que es negra
y destila pobreza
escribir poesía?

¡Jamás de los jamases!

Miradla, tiene 31 años
y muere en los confines
del olvido,
ignorada, abandonada,
silenciada...

Su nombre es Phillis.
Su nombre es Phillis Wheatley
es una mujer negra y es esclava.

Su nombre es Phillis Wheatley y
pese a quien le pese

es poeta.

Se Llama Phillis Wheatley... y es poeta.

¡Imaginación!

¿Quién podría cantar tu poderío?

¿y quién describiría la velocidad de tu carrera?

Elevándonos a través del aire para encontrar la radiante morada,

El empíreo palacio del tronante Dios,

Sobre tus alas aventajamos al viento,

y dejamos atrás el rodante universo,

De estrella a estrella el ojo mental vaga,

Mide los cielos y recorre las regiones superiores;

Allí en un panorama abarcamos el magnífico todo,

O con nuevos rumbos asombramos el alma infinita.

Había nacido en Senegal en 1753. Se llamaba Phillis por el barco que la llevó a América y su apellido Wheatley se debía al mercader que la compró. En Boston (1761), los negreros la pusieron en venta. Tenía siete años, estaba desnuda y encadenada y comentaban de ella «será una buena yegua».

La familia Wheatley se percató de que estaba intelectualmente muy bien dotada así que, una vez convertida al cristianismo le dieron una buena educación, recibiendo clases de latín, griego, mitología e historia, apoyada por la hija mayor de la familia.

A los trece años ya escribía poemas en una lengua que no era la suya y en 1767 publicó su primer poema.

CONTINUARA...